

# Reunión de los Escritores del Continente

por Sebastián Salazar Bondy

En noviembre del año pasado se celebró en la ciudad de Mendoza el IV Congreso de Escritores Argentinos convocado por la SADE, la entidad gremial que agrupa a los hombres de letras del país del Plata, y entre las resoluciones adoptadas en dicha asamblea una de las más importantes fue la que acordó la organización de un congreso continental de escritores que se celebraría, de llevarse a efecto, en el curso de este año, con ocasión de la fecha conmemorativa del 150 aniversario de la independencia de la nación hermana. El Gobierno argentino dio de inmediato apoyo a la sugestión y, al parecer, la cita tendrá lugar tal como fue convenido. El temario se halla en elaboración y las invitaciones serán cursadas próximamente a instituciones y personas (no a gobiernos, pues la experiencia ha demostrado que las representaciones oficiales siempre nacen de compromisos ajenos al propósito esencial de esta clase de certámenes), con el fin de que concurran al congreso las más importantes figuras de la literatura continental, incluida la norteamericana, y los legítimos voceros de quienes laboran con el pensamiento y la pluma.

¿Para qué un congreso de escritores? Un gran porcentaje de las reuniones internacionales de gentes de un oficio o actividad es solamente la buena oportunidad de viajar gratis o con poco desembolso y el pretexto para grandes recepciones y entretenimientos sociales. La opinión pública mira con escepticismo este género de citas, en las cuales se escuchan solemnes

discursos y se beben sabrosos cócteles. Sin embargo, en el caso específico de los escritores, hay una viva necesidad de ponerse de acuerdo sobre puntos que atañen menos a las garantías que personalmente deben amparar al autor de libros con respecto a sus derechos profe-



sionales e individuales que a los problemas que se refieren a la existencia democrática y pacífica dentro de la sociedad en que viven y de la cual son siempre sus órganos de más cabal expresión. Los regímenes de fuerza que han imperado en el continente —y cuya crisis afortunadamente contemplamos hoy— tuvieron un aspecto relativo al ejercicio de la libertad creadora, persiguiendo y amordazando a los hombres de letras o reduciéndolos por la fuerza a un semi silencio que afectaba su fundamental razón de ser. Nadie pudo intentar su defensa, pese a la tácita solidaridad de sus colegas de prensa. Salvo muy

raras excepciones, las dictaduras latinoamericanas no han podido contar con la adhesión de los escritores y buena parte de las campañas libradas contra el absolutismo han sido dirigidas por hombres de letras. En el Perú, por ejemplo, fue la Primera Convención Nacional de Escritores y Artistas reunida por la ANEA en 1954, la que, antes que ninguna otra voz gremial, condenó la famosa Ley de Seguridad Interior y reclamó el restablecimiento de la constitucionalidad. Valga el dato para los olvidadizos, beneficiados, en general, por esta valiente actitud de los intelectuales y artistas peruanos precursora de la vuelta a la democracia.

Pero aparte de la defensa de la libertad de creación y expresión literarias, un congreso continental de escritores tiene otras tareas que desempeñar. Todo lo que respecta al libro y a los derechos de autor ha de ser trazado mancomunadamente por los escritores de América, ya que por el hecho de constituir un mundo idiomático casi homogéneo el mercado editorial es vasto y se presta, si los autores no están estrechamente unidos, a abusos y atropellos que van en desmedro de sus intereses y en beneficio de la piratería. La unificación de las legislaciones sobre propiedad intelectual, la creación de una entidad común de defensa, la coordinación de las luchas que en último término son formas de una sola campaña, pueden surgir de este contacto real y ejecutivo de los escritores de nuestro mundo, por más de una razón culturalmente unitario. Esto sin contar que el mutuo conocimiento, el debate discrepan-

te y el diálogo amical contribuirán enormemente a aclarar las ideas de la inteligencia continental sobre los problemas que padece la realidad de todos y cada uno de nuestros países. El llamado de la SADE tendrá un eco entusiasta y, una vez realizada la asamblea, sus resultados serán, como los de pocas reuniones internacionales, concretos y perdurables. El espíritu que de ahí surja quedará en poemas, novelas, ensayos, y con el tiempo será invencible.